

LA FUGA DEL VIRREY SAMANO Y EL ABANDONO DE LOS CAUDALES DE LA CASA DE MONEDA A RAIZ DEL 7 DE AGOSTO DE 1819

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

II

Con retardo de meses llegó a Madrid la aplastante noticia de la derrota de las tropas reales en el Puente de Boyacá y con ella, por distintos conductos oficiales y particulares, a medida que transcurría el tiempo, el detalle de la magnitud del desastre que, según Morillo, en lo político significaba poco menos que la pérdida del Virreynato de Santafé, dejar gravemente comprometida la suerte de la Capitanía de Venezuela y de la Presidencia de Quito, sin contar con que la Gobernación de Panamá y el Virreynato del Perú quedarían a merced de los rebeldes por sus escasas fuerzas de defensa; en lo moral el relajamiento absoluto de la subordinación de esos pueblos a la Monarquía y en lo económico la pérdida de ingentes caudales de la Real Hacienda. Sobre este último punto, aunque debía haber muchos responsables por negligencia o malicia en no poner a salvo esos caudales, empezando por el Virrey Sámano, Jefe de la administración, se cargó la culpa sobre don Isidoro Manuel de Vergara que a la sazón ejercía el cargo de Tesorero Sustituto de la Casa de Moneda de Santafé, por encargo de su tío don José Santamaría, que lo obtenía en propiedad y ambos con el derecho de sucesores del fundador de la Casa.

El señor Vergara, por los datos que tenemos, era un distinguido caballero vinculado por parentesco o relaciones sociales a lo más encumbrado del patriciado santafereño y hombre que gozaba del mayor prestigio por sus condiciones de honorabilidad, preparación para los negocios públicos y costumbres patriarcales. Tan honorable y prestante debía ser, que el régimen, que ponía tanto cuidado en la conducta de sus empleados, especialmente de los que manejaban la Real Hacienda, no puso objeción para que Vergara asumiese las funciones de Tesorero Substituto, a sabiendas de que en el fondo era patriota, que sus parientes habían tomado parte activa en la revolución y algunos de ellos habían sido sentenciados y ejecutados como traidores al Rey.

Dentro de la alarma y afanes consiguientes de las trágicas noche y madrugada del 8 al 9 de agosto, como se ha dicho, todo el mundo perdió la cabeza y desde el Virrey Sámano hasta el último empleado y los civiles

españoles solo buscaron poner tierra por medio ante la inminencia de la entrada de las tropas libertadoras a Santafé, en un sálvese quien pueda. Don Isidoro no tenía por qué emigrar y se quedó en la capital, pero urgido seguramente por el Oidor Mosquera y Cabrera, que fue el único que se interesó en salvar los intereses del Real Erario, entregó, a quien quiso hacerse cargo, una pequeñísima parte de los caudales confiados a su probidad, quizá para contentar con algo a los aturdidos Oficiales Reales que no tenían ni idea de lo que atesoraba la Casa de Moneda, como se verá más adelante, y reservó el grueso del dinero para entregarlo intacto a los fundadores de la nueva Patria. La acusación tardía y ya inútil de negligencia que se le hizo ante el Rey, dio lugar a una investigación decretada desde Madrid por el Ministerio de Hacienda de Ultramar, al cabo de más de un año de los acontecimientos, que consta en los siguientes documentos:

“Hacienda de Ultramar.

Exmo. Señor Virrey de la Nueva Granada.

Ha llegado a noticia del Rey, que al evacuar a Santa Fe las legítimas Autoridades con motivo de aproximarse los insurgentes, la morosidad estudiada de D. Isidro Manuel de Vergara, Tesorero de la Casa de Moneda de la expresada capital, había sido causa de que quedasen en sus oficinas la suma de más de cien mil pesos en caudales y pastas para que se aprovechase el enemigo; y no pudiendo S. M. desentenderse de una ocurrencia tan escandalosa y contraria a la buena causa de la Nación y a sus intereses, ni tampoco de que se le supone a este empleado adicto a la independencia desde el año 1810, y sostenido por sus relaciones de parentesco con las principales familias de ese país: ha resuelto S. M. que con la debida justificación informe V. E. reservadamente a la mayor brevedad acerca de estos particulares, para que en su virtud recaiga la resolución que sea más conveniente. De Real Orden lo prevengo a V. E. para su inteligencia y cumplimiento.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 3 de septiembre de 1820.

Canga Argüelles.

La anterior Real Orden llegó a Cartagena de Indias cuando ya el Virrey Sámano se había marchado de allí, en el mayor descrédito y de hecho desconocido como Virrey por las autoridades de esa Plaza fuerte a causa de haberse resistido, con pretextos rabulescos, a jurar la Constitución española de 1812 que el mismo Rey Fernando VII había jurado, de suerte que le tocó al Gobernador de la Provincia, don Gabriel Torres, como autoridad supletoria del Virrey, sustanciar el negocio y como advirtiéndose que el sindicado, don Isidoro Manuel de Vergara, se hallaba ausente, encaminó el proceso contra don Josef Cabeza y don Josef Brilli, “Ministros de Real Hacienda de las Cajas Matrices de la capital de Santafé”, residentes a la sazón en Cartagena, para que respondiesen por la culpabilidad que podía caberles en la pérdida de los caudales de la Casa de Moneda, los cuales acusados, para defenderse, solicitaron declaraciones

juradas a cinco testigos idóneos, uno de ellos el célebre protagonista del 20 de julio de 1810, don José González Llorente, que había sido Contador en la Casa de Moneda en los días trágicos de la emigración. Con esos testimonios los acusados Cabeza y Brilli trataron de comprobar:

“Que en la noche del 8 y madrugada del 9 de agosto, en que se verificó la retirada de los Tribunales de Santafé eran pocos o ningunos los intereses en numerario que existían en Cajas, en términos que por esta razón no se habían podido acabar de pagar los sueldos del mes anterior; que en la noche del 8 de agosto a consecuencia de Orden del Exmo. Virrey se recogieron los libros de cargo y data, manuales y comunes, que gobernaban en el corriente año, con los recibos de buenas cuentas, y se guardaron en los baúles de Don José Brilli, para conducirlos con algunas pequeñas cantidades que resultaron existentes; que costó mucha dificultad en aquella hora acondicionar las cargas y fue imposible, proporcionar cargueros, arrieros y por esta razón se tuvieron que dejar abandonados la mayor parte de los equipajes; que estas dificultades impidieron que en toda la noche, desde las 12 de ella, y aun en la madrugada se pusieran en marcha las cargas, cuya operación no se pudo verificar hasta las seis y media de la mañana; que en aquella hora la ciudad se hallaba ya desamparada de todos los Jefes y Tribunales, y de la fuerza armada, que ya había salido; que las cargas de Cajas Reales salieron al cuidado del Oficial Real Don José Cabeza, con la custodia de cinco hombres, y un cabo, que era la guardia, que se hallaba a las puertas de las mismas Cajas; que en la noche de aquel mismo día de la salida, llegaron las Cargas a la boca del monte al sitio nombrado Aserradero, acompañadas constantemente desde Santafé del Oficial Real Don José Cabeza; que allí se suscitó el desorden desde que las tinieblas de la noche oscurecieron el monte, a causa de haberse difundido la voz de estar el enemigo encima, y de los tiros de fusil, que se oyeron a retaguardia a eso de la madrugada; que Don José Cabeza a consecuencia de este desorden se apresuró y tomó todas las disposiciones necesarias para poner en salvo los caudales y demás que venía a su cuidado, y en aquel punto se notó la falta de la carga en donde venían los baúles de Don José Brilli y contenían los libros, recibos y algunas cantidades de Cajas; que las caballerías venían no solo cansadas, sino a punto de quedar muertas, porque en una jornada tan larga, y en un camino tan fragoso no se habían podido remudar, a causa de no haber encontrado en el pueblo de Facatativá ni al Alcalde, ni a ninguno de los vecinos, que todos se habían remontado, siendo por consiguiente preciso continuar en las mismas caballerías; que aunque en el punto de Cuatro Esquinas, se reforzó la escolta con parte de una Compañía de Aragón, ésta se comenzó a dispersar desde la entrada del monte, pues ella era compuesta de reclutas del Socorro, llevando las armas y municiones, por lo que se cree que los mismos soldados fuesen los de los tiros, y los que robaron los baúles, y demás intereses que se perdieron; que el Oficial Real Don José Cabeza en medio de las mayores dificultades y riesgos en aquella madrugada, puso en salvo sus cargas, que contenían los cuatro mil pesos de las Salinas de Zipaquirá y Tausa, y lo que se había recibido a los de la madrugada del día anterior de la Real Casa de Moneda de Santafé en doblones y barras de oro cuyos intereses eran los únicos que venían de consideración, y si se hubiese aguardado por más tiempo, ha-

brian seguido la suerte de los baúles de Don José Brilli, como sucedió con la mayor parte del equipaje del Exmo. Sr. Virrey, y otros que venían bajo la misma custodia”.

Vale la pena transcribir aquí la exposición testimonial, bastante pintoresca, que hizo al respecto don José González Llorente y que da idea de la confusión y espanto de los emigrados a las primeras horas de la precipitada fuga. Dijo González Llorente:

“Que con mucho trabajo pudo conseguir tres malas mulas únicas que conducían su familia; que pasó por el dolor de tener que dejar en su casa dos hijos pequeños de los cuales el menor lo cuidaba su esposa Dña. María Dolores Ponce; que él emigró de Santafé con su esposa y tres hijos menores antes de amanecer el 9 de agosto y en el momento que vio partir los Jefes y Autoridades; que llegó a la Venta del Aserradero poco antes de la oración el nueve de agosto, que fue el mismo día en que se verificó la partida de Santafé; que a horas como las siete de la noche, ya muy oscurecido llegó a la misma Venta D. José Cabeza con las cargas que iban a su cuidado y la escolta que las custodiaba; que por las disposiciones que dio Cabeza, observó que puso el mayor cuidado en la seguridad de dichas cargas en medio del desorden y confusión que prevalecía, y eran consecuencia de la peligrosa emigración que se había reunido en dicha Venta; que el exponente no obstante de que empezó a llover, y que los caminos estaban casi intransitables por los atolladeros y pantanos de toda aquella vereda, y sin embargo de la oscuridad de la noche, se puso en camino con su familia a las nueve y media por adelantar la jornada, y creyendo con equivocación que la luna (que no salió hasta las once) presto le alumbraría el camino; que D. José Cabeza puso en salvo los 4.000 pesos de las Salinas de Zipaquirá y Tausa, y dos mil 600 pesos en doblones, y cuatro o cinco barras que en la madrugada se le entregaron a presencia del exponente por el Tesorero Substituto de la Real Casa de Moneda D. Isidoro Vergara y considera que si Cabeza hubiese demorado en la salida de Santafé algunas horas más, no habría podido salvar ni aun esos caudales, porque según tiene entendido por varios sujetos de los que salieron de la Capital después de las ocho de la mañana del nueve, la disposición tumultuaria del populacho excitado de los desórdenes por hombres conocidamente turbulentos comenzaba a manifestarse, y a obrar hostilmente contra las personas leales y sus bienes; que en comprobación del terror de que fue poseída la emigración no debe omitir relacionar dos pasajes que dan idea de esta verdad: es el primero que el 10 de agosto a medio día llegó el exponente al pueblo de Villeta, y que sin detenerse apenas una hora, se puso en camino para Guaduas; que cuando iba con su familia por el Alto que llaman del Trigo a horas como de las tres de la tarde vio en el camino varias caballerías ensilladas abandonadas cerca de una casita que está antes de llegar a la Venta del Alto del Trigo, y habiendo preguntado a las mujeres de dicha casita el motivo de existir allí las tales caballerías supo que eran pertenecientes a algunos emigrados que habían sido consternados, y se habían ocultado con la noticia difundida de que los enemigos venían y se había visto por una de aquellas veredas en dirección como de cortar la retirada a los emigrados, especie que el declarante no creyó, y presumió se había esparcido por algunos malvados con la perversa idea de intimidar a los que fugaban para poder

más a salvo robar lo que cada uno traía, y que en tal concepto el declarante se apeó y se detuvo para llamar como lo hizo a gritos a los que se habían ocultado (que eran entre otros don José Carpintero, su yerno don Manuel Fernández Solís, D. Eduardo Sáenz y la esposa de éste) y los cuales salieron en efecto del monte, Dn. Vicente Pedreros, las hijas del Capitán don Martín Mutaverría y no tiene presente quienes más, a los que procuró inspirar confianza para que llamasen sus compañeros de viaje y prosiguieran la marcha sin cuidado; es el otro que habiendo llegado el declarante a Honda el once de agosto a hora como de las diez del día y presentándose a D. Pedro Diago alcalde Ordinario, le aconsejó éste que corriese a la playa a aprovechar la ocasión del Champán destinado por su Excelencia para llevar a los Señores Oidores y empleados, pues que no había otra proporción, y además porque el pueblo de Honda estaba pronto a insurreccionarse". (Arch. Gral. de Inds. Cuba, Leg. 742).

El Fiscal asesor de la Gobernación a quien se pasó el negocio para dictamen observó que las declaraciones presentadas por los sindicatos Cabeza y Brilli en su descargo solo comprobaban su culpabilidad manifiesta en la pérdida de los caudales, sin tener en cuenta las circunstancias de fuerza mayor, a que se vieron sometidos los empleados que tenían alguna responsabilidad a su cargo, por la precipitación en que se movieron a causa de la actitud de derrota asumida por el propio Virrey Sámano a quien nadie se atrevía a acusar y sí a salvarlo como mayor responsable. Después de todo se llegaba a la conclusión de que nadie sabía de la clase de pérdidas sufridas y del monto de ellas, pero el Gobernador Torres, interesado en esclarecer los hechos, porque comprendió que el mayor responsable en la pérdida era Sámano, a quien odiaba, dio nuevo giro al asunto, como vamos a verlo en el siguiente artículo.
